

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 4 DE ABRIL DE 1909

NÚMERO 66



AZUCENA

Azucena era una princesita encantadora. Por la blancura de su cutis la dieron este nombre; también hubieran podido llamarla *Rayo de sol*, porque su pelo dorado tenía la facultad de iluminar como el astro rey. Su estatura era chiquita, muy chiquita; sólo medía dos centímetros; vivía en un hermoso jardín; su palacio era un lirio que durante la noche la cobijaba entre sus hojas, y al amanecer inclinaba su tallo sua-

Ayuntamiento de Madrid

vemente para depositarla en el suelo. Se alimentaba con esencia de violetas y apaciguaba la sed con las gotas de rocío que esmaltaban las flores.

Por las tardes solía dar largos paseos por un arroyuelo, sirviéndose de una hoja de rosa á manera de lancha y utilizando dos tallitos de maplé para remos. Cuando se cansaba de dejarse arrastrar por la corriente, saltaba á tierra y daba con su diminuto pie un golpe en el suelo; instantáneamente aparecía un saltamontes, Azucena se sentaba encima, y él la paseaba por las inmensas alamedas internándose entre los macizos de heliotropo. Otras veces llamaba á un pajarito monísimo, que la cogía con el pico por la vaporosa túnica y la elevaba por el espacio á una altura inconmensurable.

La princesita tenía todo lo que el más exigente pueda desear: era dueña absoluta de su voluntad; tenía á sus órdenes todos los insectos, las aves y las flores, que la servían satisfaciendo hasta sus menores caprichos, y, sin embargo, Azucena no era feliz, cada día estaba más triste; en vez de gozar como antes surcando las aguas en una hoja de rosa, recorriendo el jardín sobre un saltamontes ó remontándose á las alturas suspendida por el pico de un pajarillo, se sentaba bajo las ramas de un geranio á llorar sus desventuras.

Una tarde, cuando su aflicción era mayor, vió venir hacia ella una mariposa blanca muy bonita, que, posándose á su lado, la dijo:

—Azucena, yo tengo poder para consolarte y enjugar tus lágrimas. Cuéntame la causa de tu tristeza y la remediaré. Si los pájaros y los insectos no se someten á tu voluntad, puedo matarlos; si las flores te niegan su perfume, las marchitaré en un instante; si el arroyo se agita poniendo en peligro tu frágil embarcación, secaré sus aguas al momento...

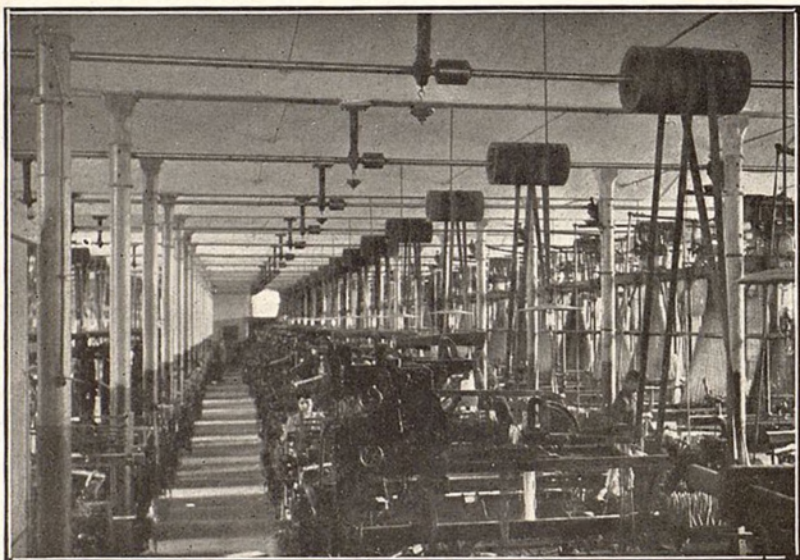
—No—interrumpió la princesa,—nada de eso es preciso. Todo lo que me rodea me ofrece sus encantos, y soy constantemente objeto de las más dulces atenciones; pero siento en el fondo de mi corazón una cosa inexplicable, una pena que en vano quiero dominar, un vacío que nada puede llenar. Te contaré mi historia, amable mariposa, y verás qué triste es. Yo era una princesa preciosa; mi belleza era admirada por todos en la corte de mis padres. Poseía una vasta instrucción y una inteligencia nada vulgar. Llegué á convencerme de tal modo de mi superioridad, que no creía á nadie digno de mi afecto; se me figuraba que mis deseos debían ser adivinados y mis caprichos siempre satisfechos. Si alguien se atrevía á hacerme la menor objeción, le mandaba castigar sin piedad y mi odio caía implacable sobre él. Un día me paseaba por el bosque, acompañada de mi mejor amiga, Esmeralda, una muchacha á quien yo quería todo lo que era capaz de querer. ¡Ella me adoraba! Delante de nosotras revoloteaban unas mariposas de brillantes colores, y pensé que serían un bonito adorno para mi cabeza, y volviéndome hacia Esmeralda, la dije: «Corre y cógeme esas mariposas.» «¿Para qué las quieres?» me preguntó. «Para colocarlas so-

bre mis bucles de oro.» «Eso no puede ser, ¿no comprendes que volarán?» «Las atravesaré con un alfiler para que no vuelen.» «¡Qué horror! — exclamó mi amiga.—Martirizarlas por el gusto de adornar tu cabeza con ellas. Ni yo las cojo ni tú tampoco», y al decir esto las espantó con una rama de laurel que llevaba en la mano. Yo me puse furiosa, la insulté y quise pegarla, pero me lo impidió el hada que me protegía y que me colmaba de dones, deteniendo mi brazo en el aire. «Azucena—me dijo con severidad.—Lo que ibas á hacer es inicuo, pretendes castigar un hecho que merece ser recompensado con la gratitud. Esmeralda se ha negado á complacerte, enseñándote lo que tu soberbia no quiere comprender; pero puesto que has desoído un consejo dado por una voz amiga, la única que en la corte se ha atrevido á contradecirte, porque es la única que te quiere, elige el castigo que te voy á imponer entre estos dos. El primero consiste en que te arrepientas de lo que acabas de hacer y formes el firme propósito de ser dulce, compasiva y agradecida, conquistando por este medio los corazones de tus súbditos. El segundo quizá te guste más: te convertiré en una princesita microscópica, vivirás sola en medio de un hermoso parque, tendrás á tus órdenes pájaros, insectos y flores; tus deseos serán siempre satisfechos...»

Concluirá.



Ayuntamiento de Madrid



EL LINO

El lino común, originario de la Europa Central, tiene un tallo cilíndrico que se separa en ramas por su extremo superior, y su altura varía entre los 50 y los 60 centímetros. Sus flores son azules y algo grisáceas.

Los filamentos textiles del lino consisten en unos tubos huecos, cilíndricos, rígidos, abiertos por sus dos extremos.

Si bien con el lino no pueden hacerse cordeles tan sólidos y tan resistentes como con el cáñamo, en cambio sirve para fabricar telas de extremada finura; con él se hacen las telas de Holanda y de batista, así como también los encajes de Valenciennes y de Malinas.

El lino aventaja también al algodón en que sus hilos son más fuertes que los que con esta planta se hacen y, sobre todo, en que puede cultivarse lo mismo en Europa, en Asia, que en Africa.

Hay controversia acerca de si el lino se importó de Oriente ó si, por el contrario, se ha producido siempre en Europa, por más de que se inclinan los autores á esta última creencia.

Pero es indudable que se cultivó en la India, y también que los egipcios eran afamados tejedores de lino.

Para el cultivo de esta planta hace falta que no haya ni mucha humedad ni un tiempo demasiado seco, y son preferibles los terrenos arcillosos, ricos en abono, de los cuales hay que quitar las hierbas malas y procurar que en ellos se hayan cultivado antes patatas, remolacha, cáñamo, avena, etc. No se debe sembrar lino más de dos veces en el mismo terreno, porque luego se produce de inferior calidad.

Para que la semilla del lino sea buena debe ser pequeña, gruesa, redondeada, pesada y aceitosa. Si al echarla en un vaso que contenga agua no se va al fondo; si arrojándola sobre un hierro calentado a rojo no arde en seguida, produciendo un ligero chisporroteo, y si poniéndola en semillero no germina al cabo de cuatro ó cinco días, debe desecharse; en el primer caso, estará buena; en el segundo, no contendrá bastante aceite, y en el tercero, estará pasada, y por tanto, no reunirá las condiciones necesarias para dar un buen resultado.

Es preferible sembrar el lino en primavera, buscando que el tiempo esté húmedo, aunque sin demasía; si se quiere cosechar hilaza de clase inferior, pero mucho grano, bastarán 170 kilogramos para sembrar una hectárea de terreno; pero si se busca que la tierra dé poco grano, y en cambio, linaza fina de superior calidad, hay que emplear 230 kilos en una hectárea. El lino se siembra á voleo.

La cosecha se recoge en épocas distintas, según si se quiere obtener semilla ó hilaza. Cuando el fruto está maduro, la hilaza ya es de calidad inferior, más basta; así que cuando sólo se quiere coger ésta para obtener lino de la clase más fina, hay que sacrificar el grano.

El lino se arranca á mano, y con los tallos de iguales dimensiones se forman haces, que se ponen á secar al aire libre.

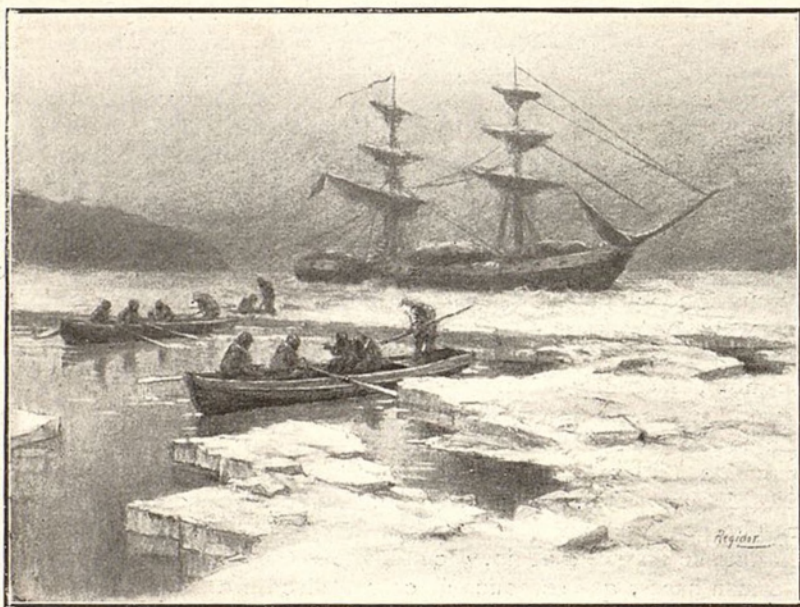
La producción de lino en una hectárea de terreno varía muchísimo en atención á un sinnúmero de circunstancias, tales como la clase de semilla y su estado de frescura; la clase de terreno en el que se ha sembrado; el grado de humedad que ha habido, etc., etc. Como término medio no se dan menos de 3.000 ni más de 9.000 kilos de tallos, de los cuales pueden sacarse de 350 á 800 kilos de hilaza.

Antes queda dicho que el lino se cultiva en muchas ocasiones, solo para recoger la semilla, el grano, y esto reconoce por causa el que cada gramo produce la cuarta parte de su peso de un aceite secante que se emplea en la preparación de las tintas litográficas, en la de las telas enceradas, en la de los cueros charolados y en la de las pinturas. Este aceite de lino es uno de los que más tardan en solidificarse en las temperaturas bajas.

En medicina se usa bastante la harina de linaza para cataplasmas.

La preparación del lino desde que se corta hasta que se puede hilar para con él hacer tejidos, es bastante complicada. La primera tarea es la de separar por completo la paja del tallo, el grano ó semilla y la hilaza, y para conseguirlo se tienen los haces en agua durante doce ó quince días, procurando evitar que comience la descomposición; luego se extiende al aire libre para que se seque completamente por espacio de diez y seis días. En América, sin embargo, emplean procedimientos por medio de los cuales ambas operaciones se efectúan en un plazo que varía entre setenta y dos ó noventa y seis horas. Ya seco el lino se bate y se carda con máquinas al efecto; la hilaza ya cardada y limpia se une en cintas compuestas por medio de cilindros, y sólo entonces puede llevarse á los telares.

JUAN ANTON.



RELATOS DE CAZA

LA GRUTA DE LAS FOCAS

Los que estaban en torno del capitán Andermant acompañándole á tomar café eran excelentes cazadores; así es que cuando el viejo marino se dispuso á referirles una cacería, todos enmudecieron y se dispusieron á escuchar con atención.

—Lo mismo que os vanagloriáis—dijo Andermant—de haber dado muerte á veloces liebres, á los corredores gamos, á las astutas zorras y feroces jabalíes y lobos, pudierais también jactaros de haber cazado al león en el Atlas, al condor en los picachos andinos y al tigre en las selvas que el Himalaya sombrea; pero con todo no podríais enorgulleceros de haber asistido á tan pintoresca caza como la que yo presencié hace ya bastantes años. Los azares de mi profesión lleváronme un invierno á las inhospitalarias costas de Groenlandia, donde los disformes témpanos de hielo, rodeando la embarcación, me detuvieron más de lo que pensaba. El aburrimiento era el mayor enemigo de la tripulación, y para combatirlo nos dedicamos á acompañar á los naturales del país en sus expediciones de caza y pesca. Un día salimos á matar focas. Nos embarcamos en un par de canoas, y callados, con un silencio que no rompía ni el bogar de los diestros groenlandeses, comenzamos á discurrir por aquel mar, cuya alma parece ser la soledad. Allí, señores míos, no hay pajarillos que trinén, ni arroyuelos que murmuren, ni hondos valles, ni praderas aljofaradas de roño.

Todo es allí raro y extraño. Tiénese sobre la cabeza un cielo hosco y triste; á los pies, un mar de aguas descoloridas, y á los lados, gigantescos témpanos que son continua amenaza de muerte. Una hora llevaríamos de remar cuando tomamos tierra en una pedregosa costa. Habíamos llegado al *later*, que es una gruta donde las focas establecen sus criaderos. ¡Y qué gruta, santo Dios...! Penetramos en ella á la luz de humeantes antorchas, armadas nuestras diestras con robustas mazas,

y todos nos quedamos extáticos. Su techo estaba cuajado de maravillosas estalactitas, que caían formando gráciles y caprichosas columnatas; enanos líquenes tapizaban sus paredes, y una mullida alfombra de verdinegro musgo cubría su suelo. Las focas, irritadas por nuestra irrupción, nos sacaron de nuestro éxtasis, arrojándose sobre nosotros en busca de la salida, y entonces empeñóse cuerpo á cuerpo la

lucha, que sólo terminó cuando nos saciamos de matar. Y ¿qué valen, amigos míos, vuestras cazas comparadas con aquel pelear en el interior de la prodigiosa gruta con monstruos que se yerguen grotescos á la luz de las inquietas antorchas bajo aquellas graníticas bóvedas, cuyo eco centuplicaba el estruendo del combate...?

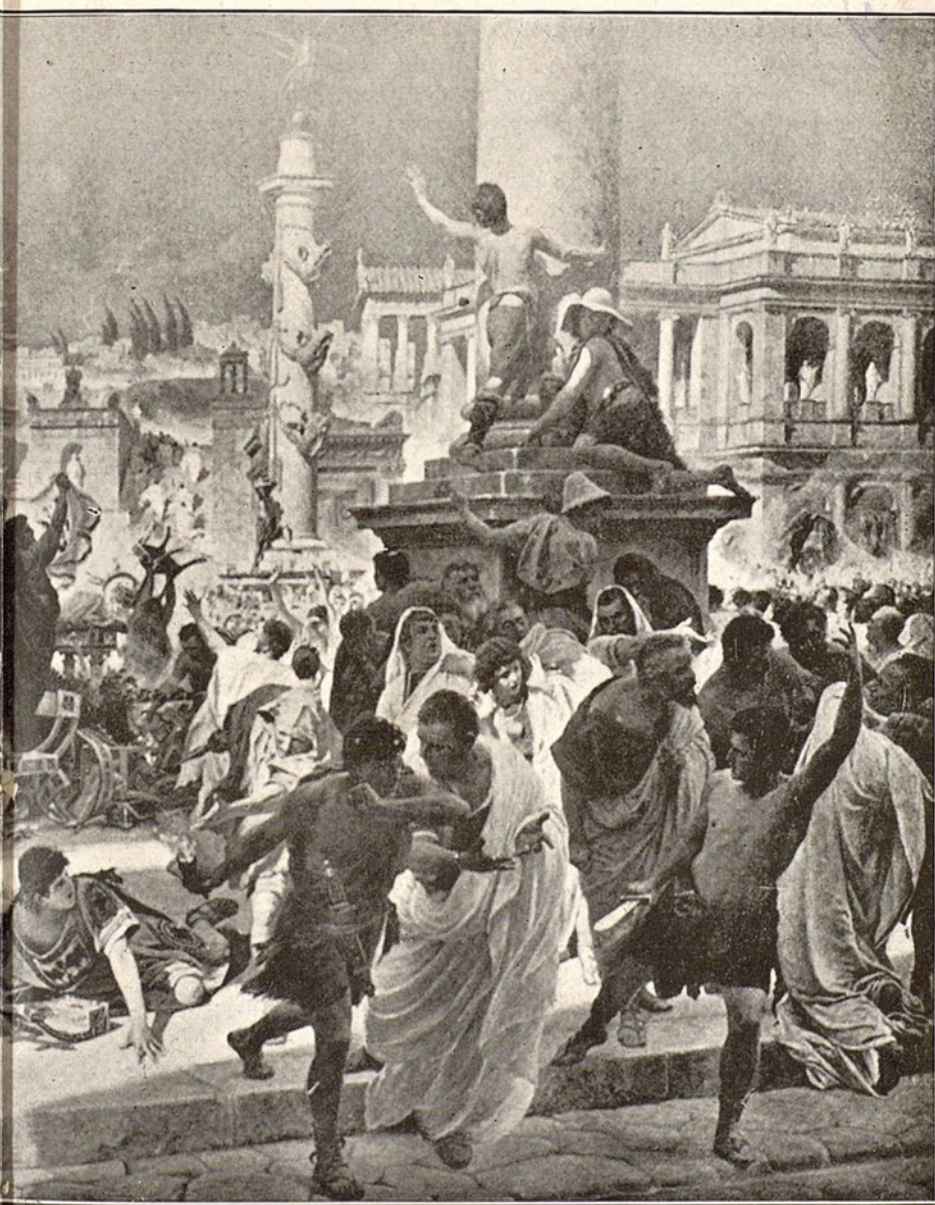
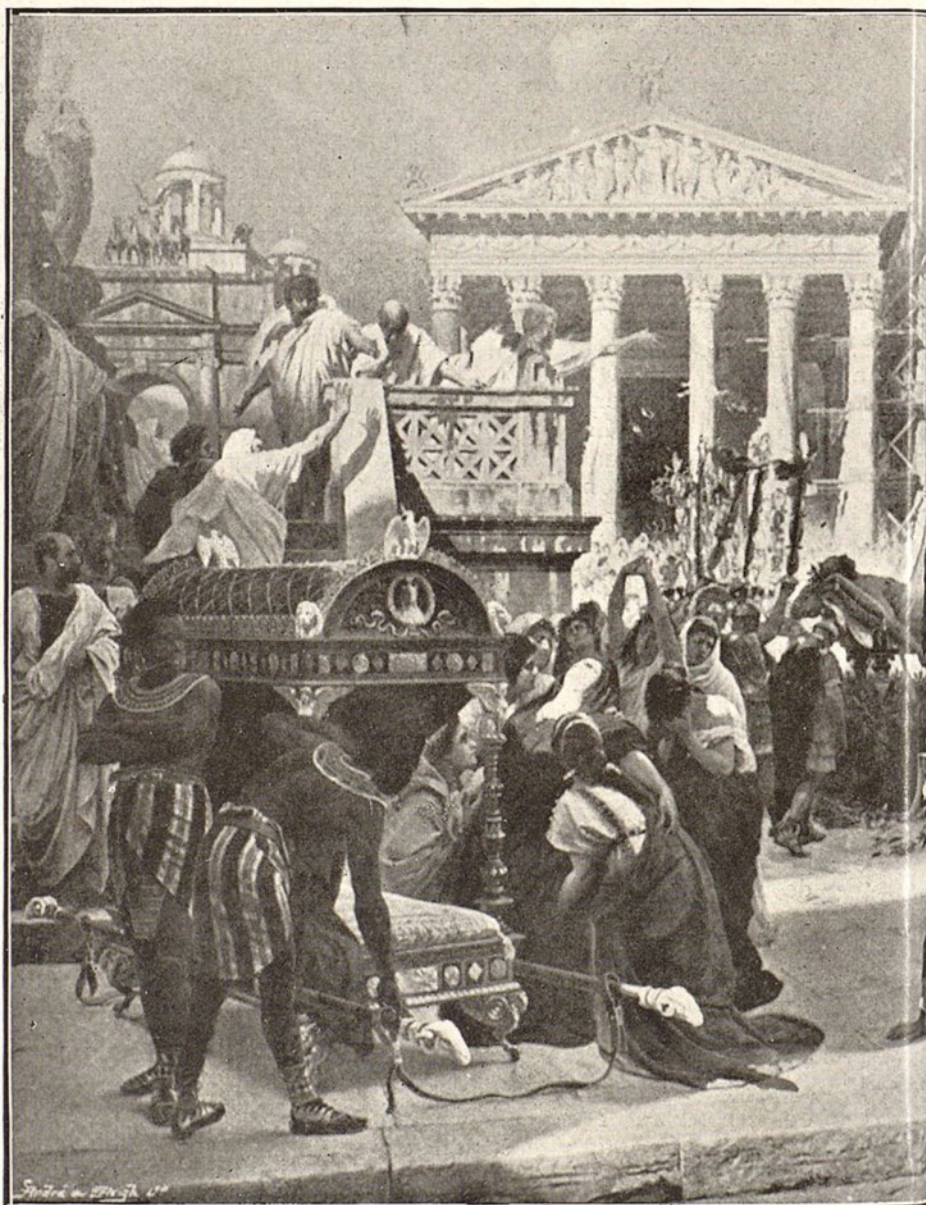
Calló el marino, y en seguida exclamaron todos á coro:

—¡Oh, debe ser una cosa admirable!

—Y un poco más pintoresca—agregó Andermant—que echarse la escopeta al hombro, llevar al lado el perdiguero, salirse al campo y esperar á que se levante un mísero bando de alondras...



José A. LUENGO



LOS FUNERALES DE CÉSAR. CUADRO DE PIATTI

El artista ha expresado en este cuadro aquel momento de excitación que se produjo en Roma después de la muerte de César, según los historiadores de la época.

El pueblo, impresionado por el crimen de Bruto, sintió en presencia de la víctima esos encontrados sentimientos que agitan su alma en las tremendas desgracias nacionales.

LOS COLEGIALES JAPONESES

Desde que el Japón ha entrado en la vida moderna, con el ímpetu que le ha llevado á sus progresos que hoy admiramos, se ocupó principalmente de la educación, comprendiendo que es la base de la reforma de un país.

Antes los japoneses enviaban á sus hijos á las únicas escuelas que poseían, muy parecidas á las de nuestros pueblos en aquellos tiempos que



también se van olvidando un poco. Hoy tienen colegios montados á la europea, donde los alumnos reciben una enseñanza irreprochable. En algunos, los colegiales van uniformados como por acá, aunque naturalmente con arreglo á la indumentaria de su país. En la fotografía que publicamos aparecen tres colegiales uniformados. Nuestros pequeños lectores pueden apreciar, á simple vista, la diferencia de trajes entre el Japón y Europa.

Si nosotros entrásemos en uno de esos colegios japoneses, nos quedaríamos asombrados viendo leer y escribir á los alumnos; pues aunque ya sabemos que leen y escriben á la inversa que los colegiales españoles, una cosa es saberlo y otra el

verlo por nuestros propios ojos. El niño japonés tomaría su libro, empezaría á leer por la página que aquí creemos última y acabaría por la que llamamos primera, donde ellos ponen la palabra fin. Luego, al escribir su planita, le veríamos empezar por la derecha y terminar por la izquierda. ¡Todo al revés de lo que nosotros acostumbramos!

También nos asustaría un poco el saber que los niños japoneses tienen que aprender 48 caracteres diferentes, en vez de las 27 letras que á nosotros nos bastan para conocer todo el alfabeto Y eso sólo tratándose del idioma clásico, porque para saber el japonés corriente, parece que tienen que aprenderse también lo menos 1.000 caracteres chinos que se usan ya en el Japón...

¡Pobres muchachos! Mejor dicho; pobres de nosotros, si de pronto nos mandaran á estudiar á un colegio japonés.



MARGARITA LA MIMADA

(CONTINUACIÓN)

PABLO. El os quiere
muchísimo, y no está loco
como Rosalía.

CLEM. A veces
hemos pensado escribirle;
pero es demasiado fuerte.

BLAN. No, no... Tendremos paciencia.

PABLO. (A Luis.)
¿Ves esto?

LUIS. (Aparte á Pablo.)
¡Pobres mujeres...!

Nosotros le escribiremos,
puesto que ellas no se atreven.

PABLO. (Aparte á Luis.)

¡Sí; tú escribirás la carta;
pero hoy mismito. ¡En caliente!

LUIS. Ya se cambiarán las tornas
en cuanto Pedro se entere.

ESCENA XV

DICHOS; después ROSALÍA.

LUIS. Vaya, niñas, es muy tarde
y tenemos que marcharnos.
Dios mejorará sus horas.

PABLO. No hay bien nimal que cien años
dure, como dijo el otro.

LUIS. Y el otro era todo un sabio.

PABLO. Adiós, y no amilanarse.

LUIS. Vámonos, criaturas, vámonos.

que todo tiene remedio
menos la muerte.

BLAN. (Despidiéndose.) Adiós, Pablo.
Adiós, Luis.

CLEM. No tardéis mucho
en volver a visitarnos.
(Cuando se están despidiendo en-
tra Rosalía muy grave.)

ROS. Deteneos un momento,
primitos. Vais á enteraros
de algo que es bastante serio.

LUIS. (Aparte á Pablo.)
Vamos á ver ese algo.

ROS. (Se sienta y dice con aire muy
severo.)

Blanca, Clemencia.

PABLO. (Aparte.) ¡Qué tonol

ROS. Al punto que ya han llegado
las cosas, se hace preciso
hablar en serio y muy claro.
Pues que gracias á vosotras
hemos podido quedarnos
sin Margarita.
(Clemencia y Blanca tratan de
protestar.)

¡Silencio,
chiquillas, que estoy yo ha-
[blando]
Puesto que no habéis querido

cumplir el deber sagrado de enseñar al que no sabe y de evitarle su daño, y habéis visto á Margarita expuesta á... lo que ha pasado, á un cólico tan terrible que pudo costarla caro... Puesto que en vez de impedir-la, hasta la habéis animado á comer más, según Julia me ha dicho, es ya necesario que se tome una medida para que no se den casos como éste, que es vergonzoso, indigno y hasta inhumano. Mi marido está furioso, con razón, y ni miraros quiere; yo vengo en su nombre á deciros lo acordado. Dentro de ocho días Blanca y Clemencia habrán entrado en el convento de monjas de la Virgen del Rosario. Y allí estarán hasta el día en que se hayan enmendado de esos instintos crueles que han venido demostrando. Mientras tanto habrán de estarse recogidas en su cuarto, saliendo á dar un paseo con Julia, y sin tener trato con los demás de la casa, á quien aborrecen tanto. Les servirán las comidas en su habitación. (*Dirigiéndose á Pablo y á Luis muy cariñosa.*)

En cambio, vosotros, que sois tan buenos con mi niña, Luis y Pablo, venid á verla á menudo. Ya sabéis vosotros cuánto se os aprecia en esta casa. Conste lo dicho y me marchó, que Margarita, ¡ángel mío!, sufrirá mucho si tardo. (*Sale.*)

ESCENA XVI

¡MUCHOS, menos ROSALÍA; después JULIA, y luego PASCUAL que entra sin ser visto.

BLAN. ¡Al convento! (*Llora.*)

LUIS. No te apures.

CLEM. ¡Al convento!

PABLO. ¡No seas tonta!

BLAN. ¡Y mientras tanto encerradas en nuestro cuarto!

LUIS. La loca de vuestra hermana lo dijo en un pronto. Se amontona y no sabe lo que dice... pero luego...

BLAN. No es de ahora ese proyecto. Hace tiempo que lo piensa.

CLEM. Sí; la cosa viene desde que llegamos á esta casa.

BLAN. ¡En qué mal hora!

JULIA. (*Entrando.*) Señoritas, ha dispuesto la señora que recoja las labores y las lleve á su cuarto.

LUIS. (*Riendo.*) ¡A la mazmorral ¡Al calabozo! ¡Estáis presas! ¡Ahí tenéis la celadora! (*Por Julia.*)

JULIA. Y á ustedes que les dijera que la niña...

PABLO. ¡Qué mona!

LUIS. ¿Qué le pasa á la niña?

JULIA. Que está mejor, y que ahora desea que ustedes vayan á acompañarla.

LUIS. (*Volviéndola la espalda.*)

¡Memorias!

(*Los dos ayudan á sus primas á hacer los paquetes de sus libros y sus labores.*)

JULIA. ¿Cómo? ¿No vienen ustedes?

¿Que se va á poner furiosa!

LUIS. Que se ponga como quiera, y si no que no se ponga.

PABLO. Eso...

JULIA. Si ustedes no vienen le contaré á la señora...

LUIS. Sí, cuéntela usted un cuento.

PABLO. ¡O cuéntela usted una historia!

JULIA. Y diré que son ustedes los que animan y alborotan á las señoritas siempre.

LUIS. Eso, como á usted le consta (*Continuará.*)

DON HUGO DE MONCADA

Caballero nobilísimo, descendía por línea masculina del duque de Baviera, y por la de su madre, de los Reyes de Aragón. Nació en Chiva en 1476.

A los catorce años su padre lo envió á la casa del Rey Católico, de la que pasó á la jornada de Nápoles, bajo las órdenes de Carlos VII.

En Roma conoció al Papa Alejandro VI y á su hijo César Borja, con quien peleó en Imola, Forli, Faenza y Ducado de Urbino, cuando se separó del servicio de Francia, al romperse la paz, por no pelear contra su legítimo soberano. Trasladado al ejército de Gonzalo de Córdoba, luchó en Garellano, rechazando á los franceses que habían sorprendido la guardia de la ribera, haciéndoles huir por el puente que tendieron para atacar, sin que ni á él ni á los otros capitanes que le acompañaban les arredrasen las descargas que de la otra parte les hacían los enemigos.

Por orden del Emperador pasó con algunas galeras á Argel, para arrojar de allí á Barbarroja, almirante turco, á quien por espacio de quince días sitió, tomando después sus naves, convencido de la inutilidad de su esfuerzo. Cuando se alejaba, un temporal deshizo su escuadra, poniendo en manos de su contrario la gente á quien las olas habían respetado la vida.

Salvado milagrosamente, poco después salió de Barcelona con otra escuadra para las aguas de Sicilia; cerca de ellas se encontró con el turco y recibió una grave herida en un ojo, pero tan pronto curó vol-



vió á la mar, alcanzando un glorioso éxito en la isla de Gévez, la cual ocupó en nombre de S. M.

Vuelto á España, se le dió el mando de la Armada que debía cooperar á las operaciones que por tierra realizaban contra Francia Borbón y Pescara; mas como hubo de desistirse por la invasión que Francisco I realizaba en Italia, tomó el rumbo á Génova, sobre la que efectuó un desembarco, que hubiera sido victorioso de no haberse levantado un viento que le incomunicó con sus naves. Aquí luchó con desesperada bizarría hasta que le hicieron prisionero.

Puesto en libertad, se le dió el encargo de pasar á Roma á castigar al Papa Clemente VII, que con su hipócrita política contribuía á la guerra entre cristianos, donde con amenazas y arte diplomático consiguió la promesa de aquél de que no procedería contra el rey de España. El Papa no varió de conducta; antes al contrario, animó á los franceses para que contra los españoles prosiguieran las hostilidades en Milán y Nápoles.

Al saber D. Hugo que un nuevo ejército enemigo venía contra los estados citados, reorganizó sus tropas, y al mismo tiempo que el duque de Borbón caía sobre la ciudad eterna realizando la acción conocida por «El Saco de Roma», se oponía al avance de los franceses, demostrando excelentes condiciones de general.

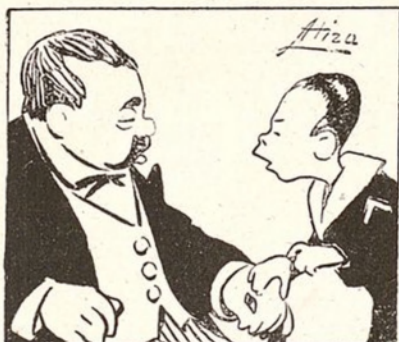
Francia é Inglaterra, puestas de acuerdo, mandaron nuevas expediciones á Italia con intento de destrozar el predominio español. Lou-trech, que era el jefe, no quiso luchar con Leyva, y dejando atrás el Milanésado se internó en Nápoles, donde la peste y el hambre diezmaron su ejército. En esta triste situación solicitó y obtuvo de Felipín Doria el necesario auxilio. Moncada, queriendo evitar el socorro, salió con su escuadra á cortar la entrada á la del almirante enemigo, tomando posiciones en la isla de Capri.

Doria, al descubrir desde sus naves las españolas, simuló la huida; entonces creyó D. Hugo que era éste el momento de atacar á la capitana donde estaba aquél, formalizó la embestida y entabló el combate. Al principio la batalla no se decidía por ninguna de las partes, hasta que, apareciendo los barcos que habían aparentado alejarse, la fortuna se puso del lado de los franceses. Por esto no dejó de pelear nuestro general; heroicamente luchó poniendo todo su empeño por evitar el desastre, pero cuando más hacía, una bala de arcabuz le causó la muerte. Esta batalla naval se conoce con el nombre de la de Saferno.

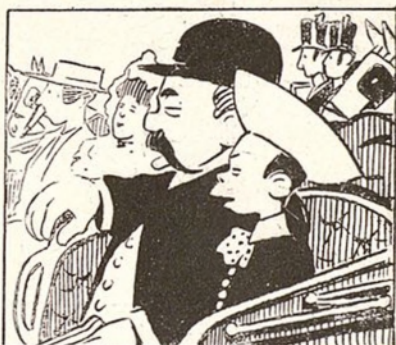
Hablando de este valeroso marino y general los de su tiempo, dicen que era mejor para soldado que para capitán; mas la crítica del día se atreve á decir que si la ventura le igualara al valor, Hugo de Moncada sería uno de los grandes capitanes que vió el mundo. Su cuerpo yace en Valencia en la iglesia del Remedio.

ENRIQUE PACHECO Y LEYVA.

DESPUES DE LA CORRIDA



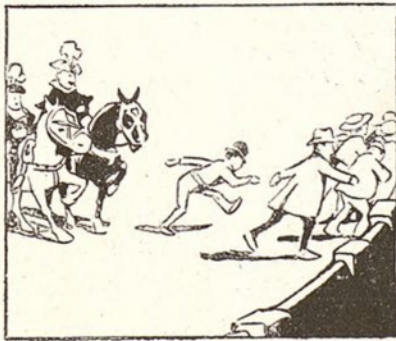
Un domingo, Juanito recordó á su papá la promesa de llevarle á una corrida de toros.



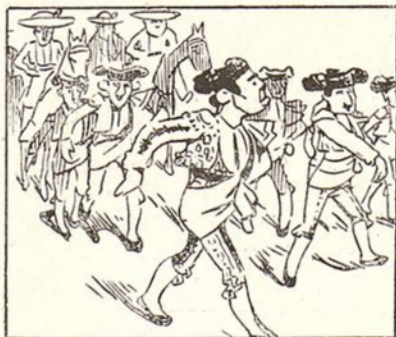
Y como la palabra es lo primero, salieron aquella tarde, y á la hora oportuna tomaron un coche.



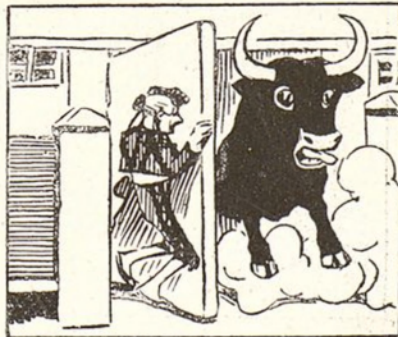
Tomaron sus billetes, y entraron en la plaza.



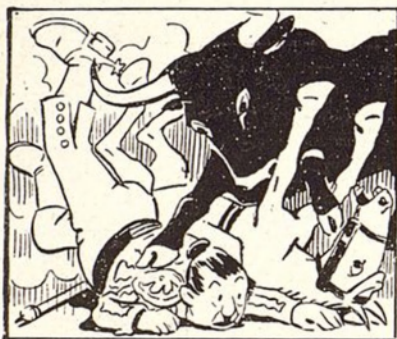
A la hora en punto sonaron los clarines, y vió Juanito *el despejo*.



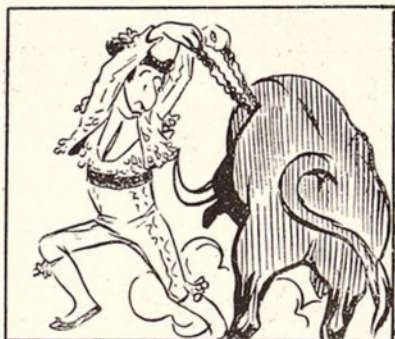
Después, al son de la música, el... ante paseo de las cuadrillas.



Y que abrían al toro las puertas del chiquero.



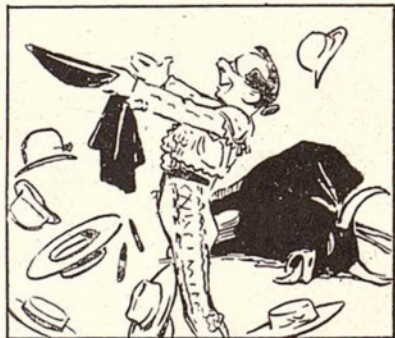
Al ver la suerte de varas, preguntó á su papá que por qué le llamaban la suerte.



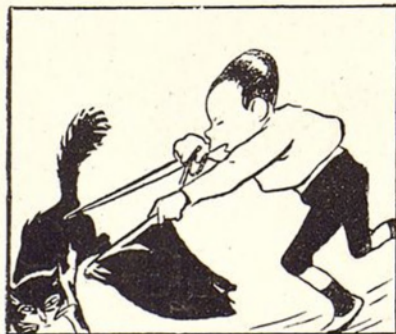
Las banderillas le gustaron mucho, sobre todo, eso de que se le quedaran pegadas al toro.



Delante de Juanito brindó el espada, que á él le pareció un ser sobrenatural!



Y se puso loco de contento al ver el entusiasmo general después de una magnífica estocada.



Y... Juanito ya no hace otra cosa que torear, desde el gato de su casa...



hasta la cocinera... por lo que su papá ha tenido que darle más de una ovación y oreja.